



Cultural Backlash. Trump, Brexit and Authoritarian Populism

Pippa Norris y Ronald Inglehart

2019. Cambridge: Cambridge University Press

540 páginas.

ISBN: 978-1-108-44442-2



Eduardo Muñoz Suárez

Universidad de Salamanca

El libro sobre el que versa esta reseña es uno de los más recientes en el estudio sobre el desarrollo del populismo del siglo XXI. En él, sus autores tratan de avanzar en una teoría general que explique cómo una revolución de valores es el desencadenante del apoyo a las fuerzas populista-autoritarias de Europa y Estados Unidos.

La introducción se estructura en tres capítulos. Abordan definiciones, marco conceptual, así como tipologías o variantes del *populismo*.

Comienzan estableciendo las definiciones de *populismo*: un estilo de retórica que refleja los principios de primer orden que debería presentar quien gobierna; y *autoritarismo*: conjunto de valores que priorizan la seguridad colectiva a expensas de la libertad individual, con estas definiciones, podremos entender a qué se refieren cuando hablan del *populismo autoritario*. Aportan ejemplos de cada uno de ellos, basándose en las campañas a favor del *brexit*, o en las elecciones estadounidenses de 2016, en las que Donald Trump obtuvo la victoria. Una cita tomada del líder del partido para la independencia de Reino Unido (UKIP por sus siglas en inglés) durante la campaña del *Brexit* que refleja una retórica populista es “esta será una victoria para la gente real, una victoria para la gente normal, una victoria para la gente decente” (p. 5).

Seguidamente, plantean la teoría general, mencionada en el primer párrafo, que explique la reacción cultural (*cultural backlash*) que se ha producido, dicen, de forma silenciosa y no causando una disrupción llamativa en la

sociedad. Dicha teoría consta de tres partes: una demanda de valores, una oferta de las instituciones, y la gobernanza de los Estados.

La primera parte constituye la revolución silenciosa de actitudes liberales en la sociedad, que, a través de las variables de agravio económico y cuestiones de diversidad e inmigración, han derivado en convenciones socialconservadoras que reflejan perspectivas autoritarias. La segunda parte, teniendo en cuenta esos sectores más conservadores y su nueva lógica de razonamiento respecto de dichos temas clave, utilizan los mecanismos que ofertan las instituciones, como son las reglas electorales y la competición partidista, para votar a los partidos populistas y autoritarios en las elecciones, lo que nos lleva a la tercera parte, la gobernanza, que queda sujeta a los escaños que obtienen en las cámaras de representación de los países y que van, paulatinamente, a ir condicionando el sistema democrático, la agenda política y transformando poco a poco la cultura cívica en la sociedad.

Remarcan, también, que estudiar el populismo es complejo, puesto que no existe como algo singular, sino que hay variantes de este concepto, puesto que son los líderes políticos y sus partidos, los que pueden presentar unas características en su retórica o no, constituyendo estas variantes. Algunos ejemplos son la presencia del valor de la lealtad, el conformismo social, la primacía de la seguridad colectiva, entre otros. Estos, van modulando el grado en que un partido es populista o no, así como autoritario,

puesto que, si bien concuerdan en la definición que nos ofrecen los autores, a la hora de tratarlo empíricamente en la realidad, adquiere mayor complejidad y requiere de mencionar algunos matices, a pesar de que, al fin y al cabo, sean populista-autoritarios.

En la segunda parte, se profundiza sobre los valores autoritarios y populistas. Esta parte se estructura en tres capítulos.

Nos demuestran empíricamente, utilizando datos de *World Values Survey* y *European Social Survey*, a qué se debe este auge de valores populista-autoritarios y sobre qué cuestiones adquieren mayor relevancia. Destacan la contraposición de valores entre generaciones del periodo de entre guerras mundiales y las más jóvenes, y que las cuestiones sociales van a prevalecer sobre las de otra índole. Estos *cleavages* culturales hacen que aumente el peso de la competición partidista y la influencia en la agenda pública de estos partidos.

Posteriormente, se centran en la economía. La globalización económica ha generado *perdedores*, aquellos cuyo empleo ha desaparecido a causa de la innovación tecnológica, y que trabajaban en industrias que no requerían de un nivel educativo alto, y eran realizados manualmente; éstos, adoptarán actitudes autoritarias y populistas. Por otra parte, a largo plazo, afirman que no hay fluctuaciones significativas de valores entre los jóvenes, con fuerte perspectiva post-materialista, y los más mayores, con una visión materialista, es decir, cada generación está respectivamente “anclada” en los valores que han defendido siempre. Para terminar, estudian si donde se focalizan lugares con un empobrecimiento continuo, estos valores autoritarios y populistas tienen fuerza; concluyen que sí, y añaden que las regiones más pobres presentan, además, una desconfianza hacia instituciones políticas como los partidos o el Parlamento.

El último tema que tratan en la segunda parte del libro es la inmigración. Los autores estudian la visión de la población de Occidente sobre el terrorismo, desempleo y la identidad nacional frente a este tema. Muestran que los valores autoritarios se relacionan con actitudes antiinmigración, incluso por encima de la defensa de intereses económicos nacionales, y que aquellos que perciben que la inmigración es un problema, y que no se debe subestimar, son el grupo que más apoya a partidos populista-autoritarios.

En la tercera parte, estudian los mecanismos por los que los valores se convierten en votos y en qué medida estos votos pasan a ocupar lugares de representación.

Empiezan clasificando a los partidos políticos. Clasificación que se basa en tres dimensiones: eje ideológico izquierda-derecha, autoritarismo-libertarismo y populismo-pluralismo.

Una vez dispuesta la clasificación, estudian el perfil del votante a estos partidos políticos. Se centran en las condiciones sociales y las reglas electorales. Establecen que es más probable que apoyen a estos partidos aquella generación del periodo de entre guerras, aquellos que presentan un bajo nivel educativo, y los que viven en zonas rurales. La religión tiene muy poca fuerza en la relación con votar a dichos partidos.

Respecto de su representatividad, los Estados, puesto que los sistemas electorales, sean mayoritarios, mixtos o proporcionales, infrarrepresentan a partidos con poco apoyo ciudadano, como es el caso. No obtienen una representación relevante. Sin embargo, no se les debe subestimar, porque pueden condicionar, dicen Norris e Inglehart, la agenda política del Estado (p. 322). Como ejemplo, el partido por la independencia de Reino Unido (UKIP por sus siglas en inglés), como actor político influyente en el establecimiento en la agenda pública de la convocatoria del referéndum sobre la permanencia de Reino Unido en la Unión Europea.

La cuarta y última parte del libro lo dedican a la conclusión.

Exponen que las consecuencias de esta reacción cultural, es producida por una erosión de la *cultura cívica*, que se viene dando desde mediados del siglo XX. La pérdida de confianza en las instituciones y de los valores de la tolerancia, la libertad individual... El choque de valores intergeneracionales que hacen que la política sea más heterogénea que nunca desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y sus agravantes para todo el conjunto de la sociedad como la crisis económica de 2008 y la crisis de refugiados del Este de Europa, han reafirmado valores de un grupo de social-conservadores, que tras estas situaciones, han visto en los partidos populista-autoritarios una solución a esta inestabilidad en Europa, y Estados Unidos, “el electorado de centro-derecha se ha contagiado” (p. 435).

Los autores se preguntan, ¿es posible revertir este reaccionismo cultural y sus consecuencias en los sistemas democrático-liberales? La respuesta es clara, son los Estados y sus Gobiernos los que deben de promover una reacción a los valores culturales contrapuestos, para que prevalezcan el pluralismo y el libertarismo frente al populismo y autoritarismo. Reduciendo la desigualdad eco-

nómica, haciendo una oposición electoral fuerte, y dando respuestas que logren revertir los estragos sociales que han generado las sucesivas crisis antes mencionadas, para que los que promueven los sentimientos de antimigración, racismo, xenofobia, sean cada vez menos. La herramienta para lograrlo serán las políticas públicas. El Estado debe ser resiliente.